



Á LOS LECTORES DEL MENTOR.

Hoy continuamos nuestras tareas con el cuarto tomo, y no podemos menos de congratularnos por el éxito que ha llegado á obtener un periódico dedicado exclusivamente á la juventud. Dos años hace que emprendimos nuestra utilísima mision, y cada dia nos alegramos mas y mas de haber dado á luz *El Mentor*, porque no ya solo viene á animarnos en nuestra empresa el deseo de ilustrar á la infancia, sino que recompensa suficientemente nuestros desvelos el afan con que esta publicacion es acogida en toda la monarquía.

Las familias bien acomodadas, lo mismo que aquellas que libran su subsistencia en el trabajo y la economía, se apresuran

á suscribirse é nuestro periódico, prueba evidentísima de que hemos acertado en nuestras incansables tareas. Y como si esto no fuese bastante; como si semejante muestra de distincion no fuera suficiente á hacernos redoblar nuestros esfuerzos y nuestra constancia, muchos maestros de instruccion primaria han escogido *El Mentor* para que sirva de texto en las escuelas, persuadidos como se hallan de que nuestra publicacion es la mas á propósito para sembrar buenas ideas en el alma de nuestros tiernos lectores, aficionándolos al estudio.

Al principiar nuestro segundo tomo dijimos que la gran popularidad que habia obtenido *El Mentor* era un triunfo para nosotros, y hoy añadimos que su entrada en los establecimientos de educacion es sumamente útil á la nacion entera. Descuidada la instruccion primaria por causas que no son de este lugar, la juventud no ha leído hasta aquí otras obras que las elementales, como si no fuese en gran manera conveniente que se ocupe en la lectura de libros amenos é instructivos, siempre que estos ni sean tan superficiales que nada enseñen, ni tan elevados que obstruyan las fuentes de su no formada inteligencia, ni tan faltos de moralidad, en fin, que perjudiquen á los niños, y de consiguiente á la sociedad.

Nosotros, celosos aunque modestos escritores, hemos procurado evitar estos escollos, y si hemos ó no desempeñado con acierto las tareas que nos impusiera nuestro amor pátrio, lo pregona en alta voz la acogida que se nos dispensa, y que ciertamente no se dirige al poco mérito de nuestras humildes producciones, sino al buen desempeño de nuestro filantrópico propósito.

Continuaremos pues haciéndonos acreedores al aprecio público; y acomodándonos á las nuevas ideas y á los nuevos conocimientos que nuestros jóvenes amigos han adquirido de un año á esta parte; insertaremos en *El Mentor* artículos de ciencias, artes, literatura y religion que hallándose al alcance de los mas

jóvenes, correspondan á la intelijencia mucho mas desarrollada de los que nos han acompañado desde un principio, identificándose, por decirlo así, con nuestras ideas y sentimientos.

¡Felices nosotros si cuando lleguen esos jóvenes á la edad vi-
ril se acuerdan del *Mentor de la Infancia*, porque esto acreditará
que han fructificado en su corazon los buenos ejemplos que hace
dos años hemos empezado á sembrar!

LOS JUEGOS DE LA INFANCIA EN LA ANTIGUA GRECIA.

A las puertas de la ciudad de.... bajo un cielo encantador, á lo largo de una dilatada pradera, y de una inmensa cortina de álamos, que en nuestras reminiscencias vemos todavía desde aquí, se halla un colejo en donde recibe la infancia los mas paternos cuidados, y con la solicitud mas ilustrada; no creemos deber nombrar este establecimiento, que no necesita preconizarse, y sería querer dar cierta especie de publicidad que desagradaría al respetable director de esta casa. Mas de un lector reconocerá el lugar á que aludimos, y me será grato saber que alguno ha comprendido la especie de homenaje público y discreto al mismo tiempo, que tributo á personas respetables.

No hace mucho que en este establecimiento figuraba en primera línea, aunque en rango bastante subalterno, un maestro anciano, uno de esos pasantes, que vulgarmente se llaman *maestros de estudios*, hombres aplicados, pacienzudos, útiles, que influyen mas de lo que se cree en la marcha diaria del trabajo y en el desarrollo del carácter de los jóvenes educandos: se llamaba el padre Gerónimo. Era un anciano profesor, buen hombre, instruido, erudito tambien, os lo aseguro, que se habia querido muchas veces ascender á un puesto mas proporcionado á su mérito; pero semejante á aquel viejo regañon de la guardia, Juan Alboisea, que quiso toda su vida mantenerse siendo soldado

:

por su gusto, tal vez por cierto orgullo conservado á su modo, y que sin embargo consintió una vez le nombrasen cabo por respeto á su rey; parecido al heroico y sencillo Juan Alboisea, nuestro anciano profesor despreciaba los grados y ascensos. Gerónimo habia sentido evaporarse todos sus humos de ambicion, si es que alguna vez habia conocido esta fiebre engañosa; habiendo llegado á esta casa, despues de algunas fluctuaciones de una vida oscura, se habia hecho amar de tal manera de sus discípulos, y en tales términos se habia hecho necesario, que miraba su puesto como una mision que nunca habría querido abandonar por ningun precio. Por su parte, los niños encontraban en él tal fondo de bondad, de ilustrada razon, de indulgencia bien entendida, que le respetaban creyendo solo amarle. Asiduo compañero de estudios, de comidas, de juegos de sus discípulos, era el alma de toda su existencia, y esto se convertia en provecho de todos.

Un cierto dia de asueto, durante una larga recreacion en que nuestros alegres jóvenes habian tal cual saltado, gritado, corrido, cansados en fin de rebullir, veian á muchos de sus camaradas rodear al padre Gerónimo, sentado sobre un banco de piedra, y prestar atento oído á sus discursos. Muy pronto se aumentó la reunion; se preguntaban de qué se trataba, y el padre Gerónimo sonriéndose con cierta chuscada y rigorismo aparente, se expresó en estos términos:

¿De qué se trata? Decia yo á vuestros camaradas que en otro tiempo la juventud era menos frívola, menos aturdida, mas estudiosa; hace mucho tiempo, mucho tiempo.... convengo en ello, pues en mi mocedad ya se empezaba á ser algun tanto turbulento....

— Pero V., padre Gerónimo ¿lo era tambien? dijo un malicioso de la tropa.

— ¿Yo?... eres bien curioso; eso no te importa, respondió Gerónimo de una manera evasiva. No hablo de mi tiempo, vuelvo á decir. Pero entre los griegos....

— Oh! los griegos! los griegos! exclamó el auditorio....

— Y bien! los griegos! los griegos! valian tanto como otros.

— Oh! sabido, sabido, padre Gerónimo. Temístocles.....

Otro gritó, Leonidas, otro, Milciades, otro, Alejandro, y otro Epaminondas....

— Basta! basta! replicó Gerónimo; hé ahí bastantes héroes. Mas veo que aquí solo se citan guerreros, espadachines, hombres que han derramado mucha sangre. No nombráis un sábio siquiera, un legislador, un filósofo.

— Pues bien, Diógenes, que hacia rodar su tonel, y que llevaba una linterna como un bragazas.... dijo un burlon.

Oyóse entonces un gran estrépito de risas. Famoso! famoso!

—No hay tal, eso es falso, caballerito el gracioso, respondió el viejo Gerónimo. El bragazas de Tocrisa llevaba su linterna á la cola, y Diógenes en la mano para encontrar un hombre, y no hallaba por lo regular mas que títeres.

—A tí va dirigido el pliego, gritaron todos volviéndose al que interrumpía. Bien aplicado! no es un robo. Decía V., pues, padre Gerónimo?...

—Decía, señores, que cuando se pasa revista á los grandes hombres de una nacion, es menester dar á cada uno lo que le corresponde, tributar homenaje á los guerreros célebres que han defendido la independencía de su patria á costa de su sangre, mas tener buen discernimiento para distinguir otros géneros de mérito. Así, querría que personas intruidas como lo estais vosotros en la historia, hubiesen fijado la atencion en genios tales como Solon y Licurgo, que han dado leyes sábias á sus conciudadanos, y les han enseñado á vivir bien entre sí; en Pericles que creó la marina ateniense; en Sócrates, en Platon que han estudiado los sublimes principios de nuestra inteligencia; en escritores tales como Herodoto, Tucídides, y Plutarco; en artistas tales como Fidias. Mas vosotros, que sois unos bulliciosos, vuestras jóvenes cabezas fermentan con la idea de los combates, las victorias y los triunfos: lo demás se borra al lado de una gloria que frecuentemente no ha hecho mas que trastornar el mundo y asolar las poblaciones.

—Diablo! pronunció á media voz Próspero, el hijo de un coronel distinguido, la guerra tiene su mérito.

—Sí! sí! replicó Julian, hijo de uno de nuestros célebres jurisconsultos; es bella y buena, mas yo soy del parecer del padre Gerónimo, se puede ser célebre sin arrastrar un sable pendiente de la cintura. Yo quisiera ser lejislador.

—Yo quisiera ser Temístocles, ó solamente capitán de navío; viva la marina y.... al abordaje!

—Bueno! dijo un tercero que habia obtenido un premio de dibujo; yo estoy por los pintores, los escultores. Vivan las artes! adoro las imágenes.

—Bien! bien! viva todo el mundo, exclamó el hijo de un diputado de la oposicion muy diestro en amplificar. Mas dejad pues que acabe ó mas bien que empiece el padre Gerónimo. No se puede dirigir la discusion si todos hablan á la vez. Al orden! al orden! y yo toco mi campanilla como el presidente de los anfitiones.

El padre Gerónimo. A las mil maravillas! si el consejo de los anfitiones hubiese tenido sus sesiones como vosotros, dudo que allí se hubiere hecho nada bueno. Por lo demás, cada uno toma en la galería de los griegos famosos el que quiere elegir por padrino. Nada hay mejor. Solamente se reduce la cuestion á sa-

ber, cómo la Grecia ha producido tantos hombres grandes, y yo os digo (porque insisto en mi propósito) que la juventud entonces era menos frívola, mas laboriosa, mas asidua; que trabajaba siempre y no jugaba nunca....

—Oh! padre Gerónimo, padre Gerónimo, eso es demasiado; no puede ser, gritaron todos enfadados. No jugar nunca ¿pues acaso es posible?

—Poco á poco, no hay que inquietarse, respondió el padre Gerónimo. Qué espíritu de vértigo!... Os repito, dijo con un tono de gravedad burlesca que no se ocultó á nadie, que los hijos de la antigüedad nunca jugaban.

—Tanto peor para ellos, á fé mia, porque el jugar es divertido.

—Cuando digo que no jugaban nunca....

—Ah! ah! dijo la reunion, ya conviene V. en ello. ¿Se rie V., padre Gerónimo?

—Nada de eso, nada! Digo solamente que tenian ciertas ocupaciones.... que.... hasta cierto punto.... en ciertos momentos. Pero no eran juegos. Os constituyo jueces, caballeritos.

—Veamos, veamos! repitió la galería en coro.

—Si nos prueba V. eso, ya vé V. mi pelota, la arrojo por encima de la tapia á la casa del vecino, y eso que es completamente elástica, dijo uno.

—Si nos prueba V. eso, añadió otro, renuncio al trompo, el trompo propiamente dicho.

—Y yo oculto mi cuerda para saltar en el fondo de mi carpeta, bajo mi *Gradus ad Parnassum*.

—Al cual no tocas jamás, dijo el inmediato....

—Oh! si se puede decir, habla por tí; mi *Gradus* está mas usado que el tuyo.

—Es porque en él recoges una coleccion de plantas disecadas.

—Entonces no digas que yo no toco á mi *Gradus*.

—Está bien, bueno, basta! exclamó la reunion, no se oye.... Dejad pues que el padre Gerónimo se explique.... Silencio, señores; señores, silencio.... Silencio pues!

Luego que hubieron gritado *silencio*, hasta tener que taparse las orejas, se restableció la paz, la reunion se formó en círculo perfecto alrededor del banco de piedra, y el padre Gerónimo colocando sus antiparras sobre su nariz, abrió un pequeño volúmen manuscrito que llevaba debajo del brazo y se puso á leer en él algunas páginas.

—Si, señores, yo os hago jueces, y es menester convenir que con un auditorio tan audazmente prevenido, si tengo razon, tendré diez veces razon. Escuchad, esta es una muestra de los pasatiempos permitidos á los muchachos en Grecia para inter-

rumpir los trabajos mas formales. Tomo por cualquier parte sin elegir:

«Cuando los jóvenes sábios de la Grecia querían ocupar sus serios descansos de una manera menos abstracta, algunas veces trazaban, como grandes géometras que eran, líneas oblongas y circulares, que, lo creo bien, estaban en su longitud, cortadas por líneas transversales. Escuchad bien esto, si queréis. En seguida echando en cierta parte de estas líneas interiores una tejoleta, la empujaban, según pienso, con el pié....»

—Pero, exclamaron en masa, ese es el juego del tejo, padre Gerónimo; ese era el tejo.

—Bueno! ¿lo creéis así? dijo el padre Gerónimo como estupefacto.

—Ciertamente era el tejo. Voto á.... que empiece V. mal.

—Oh, señores, no podía ser el tejo, que es un juego de pillos: además me he equivocado; no se servían de una tejoleta, sino de una conchilla, llamada *ostracos*.

—¿Qué importa que fuese una tejoleta, una conchilla ó un *ostracos*? Decid pues, señores, exclamó uno de los incrédulos. Bien juiciosos eran esos nenes! jugaban al tejo con un *ostracos*!

—Otro gracioso continuó diciendo; bien lo creo; en ese país hablaban los muchachos griego de orijen; empezaban á estudiarlo en el catecismo.... (grandes risas, á las que el padre Gerónimo contribuyó por su parte).

—Es imposible continuar una discusión sobre ese pié. Sangre fría, señores, por favor un poco de gravedad.

—Pero es imposible, padre Gerónimo....

—Si tal, es posible; continuemos.

«Los niños se distraían también lanzando por los aires un cuerpo de forma redonda, compuesto de no se qué, pero dotado de elasticidad. Frecuentemente las personas que se entregaban á este recreo se dividían en dos grupos separados por una gran línea. Se arrojaba por los de una banda el cuerpo de forma redonda, que era repulsado al vuelo por los contrarios; algunas veces por una astucia muy ingeniosa, se fingía enviársela muy lejos y con mucha fuerza, y se impulsaba oblicuamente por rodeo súbito, á derecha ó á izquierda, mas siempre en el recinto de los contrarios....»

—Pues bien! ese es juego de pelota.

—Quítad allá, no lo pensáis bien, señores; la prueba es que el mismo autor de donde yo he sacado estos detalles, habla de otra ocupación.

—Diga V. mejor de otro juego, padre Gerónimo.

—No, no quiero.... el mismo autor habla de otra ocupación, de otro descanso, si os parece mejor, que tendría mas bien cier-

ta analogía con lo que llamais vulgarmente el *juego de pelota*. Mas os ruego que no asimileis cosas tan discordantes.

—«Algunas veces, pues, se arrojaba contra una pared alta y ancha este cuerpo de forma redonda y dotado de elasticidad, y los contrarios de los dos campos, distribuidos á todo lo largo de la pared, empujaban y volvían á empujar el objeto en cuestion, que se llamaba en griego *esfera*. Ahora bien ¿cómo quereis que una esfera?...

—¡Vaya, vaya, vaya! no hay necesidad de entender mucho el griego para ver que esa *esfera* (porque los griegos metían griego en todo á lo que parece) para ver, padre Gerónimo, que el otro juego de que habló V. antes, era la pelota al aire y el segundo la pelota contra pared. Nosotros jugamos aquí á la pelota contra pared, porque el patio no es bastante grande; pero haga V. que el Sr. Director nos facilite un gran patio, y allí explicaremos muy sábiamente en qué consiste la *esfera á la pared*; digo á la pared, porque he venido al mundo demasiado tarde para ser un griego antiguo, y además papá y mamá son buenamente españoles solo, y vedlo ahí.

Así hablaba un discípulo de segunda, á quien nada podía contener en sus amplificaciones cuando estaba de humor para ello. El favor del auditorio parecía inclinarse con complacencia á su argumento: Gerónimo lo conoció; el buen hombre temió provocar reclamaciones hechas en masa, relativamente á la ampliación del patio del recreo. Tocó prudentemente la retirada.

—Es inconcebible, replicó Gerónimo, que seáis tan pertinaces cuando entro en materia de erudición. Sudo la gota tan gorda predicando mis doctrinas. Mirad, soy amigo de transijir, pase en cuanto á la *pelota*. Además, he visto en el gabinete de un aficionado amigo mio alguna cosa que tiene para mí toda la apariencia de una pelota, una verdadera pelota; y..... adivinad de qué país, de dónde procede, y de qué época; es una pelota egiptia, una pelota que tiene de fecha 2,500 años. Es de pellejo como las vuestras y llena de salvado. El juguete antiguo conservado por mi amigo se encuentra en el estado mas lastimoso; medio roto, roído de polilla, derramándosele el salvado, como un saco de harina horriblemente lacerado. Tal como está la tengo por superior de cuanto teneis mejor en este jénero, y mi mayor sentimiento es no haberla podido conseguir de la generosidad de mi amigo el anticuario.

—¡Oh! ¡eso es gracioso! dijo uno de los oyentes. ¿Cómo? ¡una pelota tan vieja! habrá servido de diversion á alguna momia distinguida.

—Probablemente, respondió con gravedad Gerónimo. Por lo demas, los hombres hechos gustaban en Grecia apasionadamente del juego de pelota; se formaban grandes partidos, como se vé

hoy entre los vascos, que se juntan los de dos pueblos rivales. El viejo poeta Homero menciona entre los ejercicios que el rey Alcindus quiso que Ulises presenciase en su corte, una partida de juego de pelota entre Halios y Laodamas, los dos jugadores mas hábiles de sus estados. El mismo poeta refiere que las mujeres tambien jugaban á la pelota, entre otras la bella Nausicae, hija del rey Alcindus. Nausicae, seguida de sus jóvenes compañeras, iba al rio á lavar los vestidos de su padre y de sus hermanos; y concluida su tarea, aquellas jóvenes, quitándose las joyas que adornaban su cabellera, se ponian á jugar á la pelota, que se arrojaban unas á otras al compás de una música ó cantinela armoniosa.

— ¡Mira que historia tan singular! exclamó la asamblea. ¡La princesa Nausicae que iba á lavar la ropa al rio! ¡La hija de un rey!

— Sí, señores, la hija de un rey. Pero sabreis que en aquellos tiempos antiguos, en aquellos pueblos primitivos, la vida era enteramente sencilla, toda patriarcal; que los estados se dividian en pequeñas regiones, cuyos jefes no se levantaban mucho por su pompa y regalo de la vida sobre un rico colono de nuestros dias. A esto se mezclaba cierto aparato guerrero. Las ocupaciones campestres y domésticas no eran el patriotismo esclusivo de las clases inferiores; los poetas cantando estas costumbres celebraban lo que habia en ellas mas noble despues de los combates; han enriquecido sus descripciones con vivos y brillantes colores, y comprendéis cómo entre los modernos mas de un lector habrá supuesto á los pequeños soberanos de las edades homéricas un grado de esplendor que no está conforme con la verdad, y que al mismo tiempo contrasta con ciertas circunstancias comunes, como la costumbre de que una princesa lave la ropa, y la de transformar á héroes tales como Aquiles y Diomedes en carniceros y pasteleros.

— ¡Ah! eso lo comprendemos, dijo el auditorio del padre Gerónimo.

— Continuemos, dijo Gerónimo, la revista de algunos juegos usados por los muchachos de la Grecia, y temo que no descubrais todavía analogías con vuestros propios juegos. Aquí Gerónimo se colocó de nuevo las gafas sobre la nariz, pues se las habia quitado para hablar de Homero, su poeta favorito, y volvió á la lectura en su librito.

«En otro tiempo uno de los jóvenes reunidos se sentaba en medio de un círculo, le ponian una benda sobre los ojos, y así preparado procuraba cojer á uno de sus camaradas, que todos huían y se dispersaban al acercarse este, y esto era lo que hacia dar al ejercicio de que se trata el nombre de *apodidraseinda*, quiere decir, *dispersion*, *accion de salvarse corriendo*.»

—¡Bravo! ¡esa es la gallina ciega! ¡la gallina ciega! ¡pura gallina ciega!

Gerónimo. «Otras veces tomaban cinco piedrecillas ó cinco huesecillos en la palma de la mano, los arrojaban en el aire, y ponían cuidado de recoger los mas que podian sobre el dorso de la mano, para volverlos á cojer en seguida con la palma. Pero, dice mi autor, este era un juego reservado casi esclusivamente para las mujeres.»

—Ved ahí, pues, lo que constituia el juego de la taba. Ese libro, señor Gerónimo, no explica muy bien las cosas.

—¿Qué quereis? no dice mas.

—¿Y la *parada*, y los *hoyos*, y la *suerte de tres*, y el *fion* con dos, tres ó cuatro huesecillos, y la bolsa detrás del dorso?... ¿Acaso vuestros grieguecitos no conocian nada de todo eso? ¡Oh! nosotros estamos en estado de darles lecciones.... Y por mí declaro que desafío á jugar á la taba al primer griego que se presente.... y al primer romano tambien. ¡Qué vengan aquí los griegos y los romanos! yo soy andaluz....

—Todos somos españoles, excepto Jourton que es irlandés; mas eso no importa, él no juega mal á las tabas.

Gerónimo. Sé, señores, que sois muy hábiles; mas tengo motivo para creer que las indicaciones de mi autor son en compendio, y que los pilluelos de Atenas sacaban tan buen partido como vosotros del juego de la taba.

No quiero continuar mas de lo regular mis recapitulaciones; mas vereis, hijos míos, que casi todos vuestros juegos se encuentran entre los griegos, de donde han pasado á los romanos, tales como el de *pares y nones*, la *gallina ciega*, el *fil derecho*, los *dados*, y una multitud de juguetes, como las muñecas, las casitas, los carritos (que Diourcio, tirano de Siracusa, entre otros se divertia en hacer durante sus horas desocupadas).

Pudiera mencionaros recreos, que no eran patrimonio exclusivo de los niños, y en los que tomaban parte los hombres ya formados, como veis á nuestros aldeanos jugar á los bolos y á las bochas los domingos ó los días de la fiesta de la aldea.

Así en la época de las vendimias se disponian combates de bebedores, y se daba un premio al que teniéndose en equilibrio sobre un pellejo hinchado tuviese la habilidad de desocupar en esta actitud molesta un Baco lleno de vino.

—¿Y cuando se habia perdido una vez era permitido volver á empezar, padre Gerónimo?

—Temo que sí: ó al menos si no era permitido empezar de nuevo para disfrutar el premio, los concurrentes no escrupulizaban renovar la tentativa, no ya sobre un odre, sino sólidamente sentados á la mesa; y como la suerte se hacia mucho mas fácil de ejecutar, siempre salian bien; volvian de nuevo con placer, y....

—¿Y nuestras buenas gentes se emborrachaban?

—¡Ea, Dios mio! sí, lo mismo que entre nosotros. Pero ved aquí para qué otro juego empleaban aquellas odres. Con un pellejo de cabron, animal odiado de Baco, porque gustaba particularmente de roer las vides, se formaban grandes odres llenas de vino excelente, se untaban de aceite por fuera, y los concurrentes, que venian corriendo desde cierta distancia, debian saltar sobre el pellejo, mas poniendo solo un pie. Cuando el que saltaba caia, lo que sucedia casi siempre, era silbado, y le llenaban de improperios. El mas diestro, el mas feliz, el que conseguia guardar un instante el equilibrio, ganaba el pellejo con el vino que tenia dentro. Entonces el vencedor ataba su premio en la punta de un palo largo, y recorria la aldea ó las encrucijadas de los caminos de la poblacion, seguido de la comitiva de sus alegres compañeros, que celebraban su victoria, y obligaban á todos cuantos se encontraban á que gritasen ¡viva! en señal de alegría y felicitacion. Este juego se llamaba *ascoliamos*.

—¡No está malo, no está malo! exclamó el auditorio.

—Torpes somos nosotros, dijo uno, pues no hemos encontrado nada de eso. Señores, propongo que juguemos al *ascoliamos*. Tengo una gran vejiga, de la cual queria hacer un globo, la llenaremos....

—¿De vino? dijo Gerónimo como sorprendido.

—¿De vino?... no, no lo tenemos; mas de abundancia....

—Buen pensamiento, dijo Gerónimo.

—¡Sí! exclamó la reunion, ¡rompeos, pues, las piernas por semejante regalo!

—A propósito, dijo Gerónimo, nuestro Virgilio nos recuerda que se practicaba la misma diversion en la campaña de Roma. Repasad las geórgicas.

*Atque inter pocula latti obiecti
Mollibus in pratis unctos suliere perutres.*

Y yo me acuerdo que un mal bufon se divertia el año pasado en dar fiestas singulares en su parque, situado en las inmediaciones de París. El caprichoso discurria juegos raros, grotescos, muchos de tal naturaleza, que exponian á los aldeanos que acudian á que se desnucasen engreidos con la novedad del programa y la diversion; así es que tenian cuidado de prevenir, por una medida de prudencia, dos ó tres cirujanos, á fin de reparar en lo posible el estrago, es decir, de curar las costillas hundidas y las piernas dislocadas, en el caso que el dia fuese divertido.

—¿Cómo divertido?

—Sí, en el caso que algun pobrete hubiere salido magullado.

— ¡Qué natural tan lindo de hombre!

— Me agrada mucho, niños míos, que lo juzgueis así. Nuestro caprichoso había formado el proyecto de una diversion parecida á el *ascoliasmos*: hacia extender horizontalmente sobre un riachuelo que corre en su parque una larga biga untada de jabon; al extremo de la biga estaba colgado en perspectiva un premio, algunos objetos interesantes, como un Baco de plata, unas evillas de zapatos, una pipa de plata. Cada uno de los concurrentes se adelantaba por la senda resbalosa, haciendo grandes esfuerzos con los brazos, y moviéndolos como un telégrafo, con la esperanza de que le sirviesen de balancin. Pero ¡vanos esfuerzos! Casi todos caian en el rio en medio de un clamor general, y frecuentemente se pasaba el dia sin que el premio fuere recojido, y nuestro ricacho, con cierto acento de sentimiento burlon, recojía su Baco, su pipa de plata y sus evillas para zapatos.

— ¡Cómo! ¿no tenia siquiera valor para regalarlas generosamente?

— ¡Ay! no. Por lo demas no me pesa haberos citado esta invencion bien tonta, poco divertida y muy peligrosa para hacerlos conocer que un juego para llenar su verdadero objeto, debe, al mismo tiempo que entretenga, procurar un movimiento saludable, ejercitar nuestra agilidad y nuestras facultades, servir indirectamente al complemento de nuestras ocupaciones mas serias, y siempre sin comprometer la salud y el buen orden. Así me complace que os aficionéis al ejercicio de la natacion, porque cualquiera de vosotros puede caer en un canal, en un estanque, en un rio: la ventaja de saber nadar puede en mas de una ocasion sacarle del paso, ú ofrecerle la proporcion de salvar á un infeliz próximo á ahogarse; mas no me gustan vuestras carreras sobre la nieve en el invierno; podeis muy bien desnucaros, heriros, y hemos tenido aquí muchas desgracias semejantes que llorar.

— Pero, padre Gerónimo, esas carreras son el preparativo para patinar. ¿Convendrá V. en que el patinar es una cosa útil?

— No es ese en manera alguna mi parecer, respondió Gorónimo. Si viviéseis en Rusia, en Noruega, ó á lo menos en Holanda, que está dividida por inmensos canales, donde podeis viajar rápidamente con la ayuda de vuestros patines y correr muchas millas en una hora, convendría en la utilidad de ese ejercicio; mas entre nosotros, mas en Francia, en España, os entrega á peligros sin provecho, á peligros sin compensacion. Es menester que todo esté en su lugar. Por ejemplo, ¿qué pensais, señores, de la obligacion que ciertos pueblos de la Escitia imponian á los niños, aun en una edad tierna, de ganar su almuerzo derribando á pedradas un canasto colgado á la rama

mas alta de un árbol muy alto, en cuyo canasto estaba el almuerzo?

—; Ya! pero eso es bastante ingenioso....

—Para los escitas sí; aquí sería muy ridículo. Los escitas tenían grande habilidad para manejar el arco y la honda, instrumentos de guerra; recorrían grandes desiertos; aquel ejercicio tenía un fin útil, y no era incompatible con su género de vida. Entre nosotros la costumbre de tirar piedras, aun con infinita destreza, no servía mas que á lastimar á los pasajeros y quebrar los vidrios. Veis, pues, que un comisario de policía aquí y en la Escitia (suponiendo que los sarmatas tuviesen comisarios de policía) tendrían funciones muy diferentes que llenar, sin que de una y otra parte se hubiese dejado de conformarse á las leyes del buen sentido.

El juego es una cosa excelente; mas el juego debe ser una ocupacion bien dirigida, bien entendida, y hecha con buen designio; sin que la mala intencion, ni la violencia domine en ellos jamás. En otros términos, vuestras recreaciones merecerían ser censuradas y despreciadas, como los pasatiempos de ciertos bribonzuelos que el célebre autor del *Genio del cristianismo* encontró en las ruinas de Misitra, inmediatas á la antigua Esparta. «Muchachos tan malos como los esparciatas de que descenden, se esconden en sus ruinas, acechan al viajero, y en el momento en que pasa hacen que se desprendan sobre él pedazos de pared, y trozos de rocas. Estuve á pique de ser víctima de uno de esos juegos lacedemonios (1).»

En este momento la campana del colejo puso término á la conversacion, y cada uno se apresuró á entrar en su clase.

EL CUARTEL DE INVÁLIDOS.

París 20 de marzo de 1844.

CARLOS A SU MADRE.

Mi querida mamá: ya hace siete dias que llegamos á esta gran capital, y no puedo resistir por mas tiempo al deseo de hablar á V. de todo lo que hasta ahora he visto, y de las maravillas que descubro cada dia. Empezaré pues por el cuartel de

(1) Itinerario de París á Jerusalem, pág. 61.

inválidos, que es lo primero que he visitado en compañía de papá.

Enrique IV fué quien concibió el proyecto de un establecimiento en favor de los militares heridos en servicio de la patria, y de su orden se levantaron edificios considerables, á los cuales se dió el nombre de *Encomienda de S. Luis*. La muerte no le permitió llevar á cabo su empresa, sucediendo lo mismo á Luis XIII, porque sin duda alguna estaba reservado á Luis XIV ejecutar tan noble proyecto.

En 1671 se dió principio á la gran obra, monumento eterno de la munificencia regia y de la gratitud de la nacion, terminándose á los ocho años. Ocupan los inválidos (hablo del edificio) con patios, jardines y fosos, una superficie de diez y nueve mil toesas, y allí es donde siete mil defensores de la patria encuentran tranquilo albergue cuando la edad ó las heridas los arrojan de la carrera militar. Parte de los primeros emolumentos de esta fundacion provenia de lo que en otro tiempo se llamaba *oblatos*, monjes seglares que el rey ponía en todas las abadías de su dominio, donde eran mantenidos, siendo por lo regular soldados estropeados, á los cuales señalaron las abadías mas adelantada una renta fija.

En una visita que Luis XIV hizo á los inválidos, como uno de sus guardias de corps los rechazase bruscamente, ordenó que todos estos se retirasen, diciendo que en parte alguna estaría tan seguro como entre sus antiguos camaradas. Desde entonces los inválidos, cuando el rey se presenta en el cuartel, gozan del privilegio esclusivo de formar su guardia. Pedro el Grande de Rusia en su viaje á Francia en 1717, pasó un dia entero en los inválidos, y no se cansaba de admirar este establecimiento, al cual llamaba con militar entusiasmo el monumento mas bello del universo. Cuando llegó la hora de comer quiso acompañar á sus camaradas, bebiendo á su salud, para lo cual dijo al rejente de Francia: «con los valientes está demás la etiqueta.»

El patio, guarnecido de cañones de grueso calibre por la parte del Sena, está rodeado de fosos y cercado de una reja magnífica. Despues de recorrer esta parte del cuartel entré en el pórtico, cuya puerta está adornada de un bajo relieve que representa á Luis XIV á caballo, acompañado de la Justicia y la Prudencia. Algunos jóvenes inválidos jugaban al pie de una estatua de Marte; pero de repente dejaron sus juegos y se incorporaron á muchos de sus camaradas, agrupados en torno de un capitán ya viejo á quien oían con atencion.

El soldado de Wágran, apoyado en su baston y recostado contra la estatua de Minerva, les recordaba las diferentes gloriosas épocas para el cuartel, siendo de este número la traslacion del mausoleo de Turena y la ereccion de un monumento fune-

rario en honor de Vauban, la distribucion de las primeras cruces de la legion de honor, la inauguracion de todas las banderas conquistadas en las guerras de la revolucion y del imperio, la traslacion de la espada y las condecoraciones del gran Federico, rey de Prusia, y sobre todo, la llegada de las cenizas de Napoleon.

Un redoble de tambores interrumpió este discurso, y un sargento, todavía jóven, ofreció al capitán el brazo que le quedaba para conducirle al refectorio. Mi papá y yo les seguimos y á poco llegaron los oficiales, sentándose á una mesa redonda de doce cubiertos. Doce eran las que habia en aquel departamento, cuyas paredes están adornadas de pinturas al fresco que representan diversas poblaciones de los Países-Bajos, conquistadas por Luis XIV y abandonadas por Luis XVIII.

Es difícil formarse una idea del orden que reina en el servicio de la mesa, hecho en un abrir y cerrar de ojos sin confusion ni embarazo. No es menos admirable la armonía que existe entre todos estos guerreros que han servido á muchos reyes, defendiendo una misma patria. Todos se dispensan las mayores atenciones, y el inutilizado es servido por su camarada mejor que podría serlo por un hombre asalariado, al paso que al manco le ayuda el pierna de palo, á quien á su vez sostiene en el paseo.

Acabada la comida, me encaminé á la cocina, donde ví marmitas que pueden contener seiscientas libras de carne y cuarenta arrobas de legumbres; un asador que contiene quinientas libras de asado, y dos parrillas sobre las cuales habia trescientos arenques frescos. Los demás utensilios son á proporcion, y creo que en parte alguna se encontrarán otros por el estilo.

En seguida me condujo papá á la enfermería, acompañado de una jóven que iba á ver á su padre, cuyas heridas habian vuelto á abrirse hacia unos dias. La jóven le encontró hablando con uno de sus camaradas en el jardín destinado á los convalecientes, y el placer que sintió prestó á su rostro un ligero sonrosado. Apenas la vió el sargento, se levantó, la abrazó y para tranquilizarla se puso á andar con una facilidad que le costaba no pocos dolores; pero los disimuló con un valor, que debia estar sostenido por una ternura muy profunda.

Nos separamos de aquel grupo para recorrer las diferentes salas, en las cuales reinaba el silencio mas profundo, advirtiéndose desde luego cierta limpieza que alegraba la vista. En la sala de San José una hermana de la caridad se ocupaba en dar de comer á un anciano privado momentáneamente del uso de las manos, y me detuve un instante para contemplar aquel cuadro de la inocencia socorriendo á la vejez. Me senté, pues, porque estaba cansado, cerca de una estufa destinada á dar calor á toda la sala, y observé que las miradas de la religiosa, muy

jóven por cierto, expresaban tierna compasion, y las del militar la gratitud mas viva.

De allí nos dirigimos hácia la capilla, soberbio monumento construido con arreglo á los diseños del célebre Mansard. La cúpula está cubierta de plomo dorado, y la punta de la aguja que está sobre ella, dista del suelo trescientos veinte y cinco pies. Entramos en la iglesia por la puerta lateral del patio pequeño, y un inválido que desempeñaba las funciones de portero y de sacristan, nos hizo notar las banderas inglesas, rusas, prusianas, alemanas y africanas que están colgadas en las bóvedas.

El enlosado de la iglesia está formado de mármoles preciosos y adornan la cúpula pinturas de Lafosse, Cormille y Boloña. En una de las capillas laterales se encuentra el mausoleo de Turenna, muerto en el campo de batalla de Salsback en 1767, despues de salvar á la Francia por tres veces de las invasiones del enemigo. En otra capilla está el sepulcro del célebre Vauban que elevó á la mayor perfeccion el arte de embestir y defender las plazas fuertes, y murió en 1707 despues de hallarse en cuarenta acciones de guerra, dirigir cincuenta y tres sitios, y rectificar las fortificaciones de mas de ciento cincuenta plazas fronterizas.

Visitamos á poco la capilla donde existen los restos de Napoleon, y á pesar de que este capitan tiene mucha culpa de los males que sufre hoy nuestra pobre España, no pude menos de saludar con respeto las cenizas del coloso del siglo, cuya memoria será eterna en los fastos de toda la Europa.

Como se acercaba la hora de cerrar las puertas, nos dimos prisa á subir los ciento veinte y cinco escalones que hay para llegar á la sala donde se hallan los modelos de todas las plazas fuertes de Francia. Media hora nos bastó para recorrer todas las fortalezas, tanto interiores como fronterizas, puestas en miniatura sobre vastas mesas sostenidas por doce y aun quince pies. Estos planos merecen ser observados detenidamente á causa de la exactitud de su proporcion, la precision en los menores detalles y la idea jeneral que dan de la arquitectura militar y de los cambios que ha experimentado.

Por último, mi querida mamá, despues de visitar las habitaciones de los oficiales, y los departamentos del estado mayor y del gobernador, donde todo es sencillo, conveniente y noble, me retiré con papá á la fonda, y como ya era muy tarde, me fuí á la cama para continuar mis correrías al dia siguiente.